

# Mensaje sin oposición

Por Nicolás Lynch

**E**l mensaje presidencial de 28 de julio refleja la carencia de una verdadera oposición al gobierno de Alberto Fujimori. Diversos analistas señalan que no hubo anuncios importantes, e insistió en las políticas de siempre y hasta hubo una cierta moderación en el tono de la expresión. ¿Por qué la repetición de lugares comunes y la moderación en el tono? ¿Existe acaso un consenso aplastantemente mayoritario entre gobierno y oposición que diera lugar a este discurso?

Es cierto que el gobierno de Alberto Fujimori cuenta con una importante adhesión expresada en sus altos índices de popularidad en las encuestas de opinión. Sin embargo, este apoyo es declinante, en particular en los últimos meses, y además nunca ha reflejado consensos significativos entre el gobierno y la dispersa oposición. Pero, a pesar de ello, el mandatario pudo optar por un estilo cómodo en su mensaje anual. Es decir, le sigue bastante con su sola popularidad para sentirse tranquilo. La razón no puede ser otra que la carencia de desafío en la oposición. No existen temas ni actores que le quiten el sueño a Fujimori, por lo tanto, no existe razón para ensayar grandes batallas ni en la realidad ni en el discurso. No es que esto refleje consensos sino, más bien, falta de fuerza en sus rivales.

Si nos preguntamos ¿quién le da forma a la vida política del país? la respuesta inmediata es: Fujimori y los poderes fácticos que lo sostienen. Podremos considerar que existe una verdadera oposición cuando la respuesta a esta pregunta sea que la interacción, democrática o no, entre gobierno y oposición es la que le da forma a la vida política del país y ella supone la discusión —en base a distintas alternativas— de problemas de fondo para la vida del país.

La oposición no ha hecho mayor cosa para remontar su precariedad. Por una parte la oposición partidaria se ha esfumado. Los partidos que llenaban la escena política anterior al cinco de abril ya no existen y no parecen existir proyectos serios para reflotarlos. Los "nuevos opositores", por más que algunos de ellos sean políticos experimentados, son personalidades no partidos, que actúan, más allá de que pertenezcan o no a un grupo político, en función de su perspectiva individual.

Entre estos nuevos opositores hay los que aceptan las reglas impuestas el cinco de abril de 1992 y los que no, pero ambos grupos han sido igualmente incapaces de formular una oposición alternativa. Los primeros no reclaman cambios, sino tan sólo afeites al fujimorismo. por lo tanto mientras a Fujimori le vaya bien la gente lo preferirá a él y no a estos opositores blandos. Los segundos todavía no han articulado un discurso coherente de oposición al fujimorismo y están plagados de formas y actores provenientes de los viejos partidos, lo que hace a los electores recelosos de sus propuestas, por la identidad que existe —justificada o no— entre partidos y corrupción.

Los blandos difícilmente podrán ocupar el lugar de verdadera oposición. Es decir, el lugar de una oposición cuya interacción con el fujimorismo en el poder le dé forma a la vida política del país, pues a lo sumo se agarrarán a pañuelazos con el gobierno. El lugar de verdadera oposición está reservado para la oposición que no acepta las reglas impuestas el cinco de abril. Pero para poder ocuparlo esta oposición tiene que desembarazarse del lastre que significan los protagonistas de la democracia de los ochentas. Hay figuras que no son reciclables y es mejor que estos opositores, si quieren terminar con el fujimorismo, se den cuenta de una vez.